

FANTASÍA Y REALIDAD DE PANCHO VILLA

Enrique BELTRÁN

POCAS FIGURAS en la historia de la Revolución Mexicana, tienen vigencia comparable a la de Pancho Villa. A más de cuarenta años de su trágica muerte en una encrucijada de Parral, se sigue aureolando su recuerdo con perfiles que nunca tuvo.

Martín Luis Guzmán, con su prosa incomparable, pero con sobra de pasión en todo lo que escribe y no mucho respeto por la verdad histórica, ha contribuido en primer término a crear esa leyenda. Rafael F. Muñoz, dejando también correr su fantasía, ha escrito una amena y ágil "autobiografía" del duranguense, completada por él hasta el día de su muerte, que se lee con agrado, y a la que no falta quien brinde crédito. Y el exfederal Federico Cervantes, con constancia digna de elogio —y digna también de mejor causa— no se cansa jamás de escribir en defensa del que fuera jefe de su jefe, el también ex-federal Felipe Ángeles.¹

Bajo la amplia bandera de la llamada "unidad revolucionaria", e invocando que pasó ya la hora de las pasiones y que debe haber lugar para todos sus caudillos en el altar de la Revolución, se habla de la gran "injusticia" cometida con Villa, pidiendo que éste ocupe el sitio que dicen le corresponde, junto a Madero y a Carranza, a Zapata y a Obregón.

El pueblo, en general, responde a ese llamado, y mira con cariño la figura de Doroteo Arango, bajo su alias de Francisco Villa, con que ha pasado a la historia.

Sabemos de sobra que el sentido crítico no es patrimonio de la multitud, como tampoco lo es el conocimiento preciso de los hechos históricos. El pueblo de México ha forjado un Pancho Villa que, si tuviera las características que le atribuye la imaginación popular —aunque todavía quedaría sujeto a adversos comentarios en más de un aspecto— justificaría en parte la admiración que se le profesa y el cariño que rodea su memoria.²

Señalemos cuáles son las principales características que se atribuyen a Francisco Villa —dentro de esa leyenda popular— y veamos si en realidad le correspondieron.

1. *Francisco Villa es el muchacho campesino, sano de alma y de cuerpo, que comete su primer delito para responder al atentado del amo, que pretende mancillar la pureza de su hermana niña. Y por eso se transforma en proscrito: queda fuera de la ley y tiene que luchar en defensa de su vida. Pero es un bandido generoso y bueno en el fondo —especie de Robin Hood estilo San Juan del Río—, que roba a los ricos para ayudar a los pobres.*

No sé que existan materiales suficientes para juzgar —con frío criterio histórico— ese primer delito de Doroteo Arango, ni conocemos tampoco —a no ser por lo que al mismo protagonista se le hace decir en amenas pero no muy verídicas “autobiografías”— cuáles fueron realmente los perfiles de su etapa de abigeo y salteador de caminos, antes que la revolución maderista fijara nuevos rumbos a su existencia. Pero por lo que fragmentariamente se sabe de cierto —y que nadie ha logrado desmentir—, es evidente que el respeto a la vida humana no fue una de sus características, y que supo con el producto de sus robos convertirse en dueño de una carnicería. Es decir, el Robin Hood norteño, era un poco más cruel que el de los Bosques de Sherwood, y sabía también administrarse mejor que aquél, en provecho propio.³

2. *Francisco Villa es el hombre temerario que desprecia el peligro, y cuya valentía —que tanto nos gusta considerar atributo esencial del mexicano— lo convierte en símbolo “macho” de todo un pueblo.*

Pero ¿hasta dónde llegaba esa valentía? Es evidente que no fue cobarde, y que en escaramuzas y batallas arriesgó repetidamente su vida. Pero frente a su comportamiento en ocasiones críticas, no puede tampoco considerársele un temerario, que mirara con desprecio a la muerte.

Cada vez que tuvo que enfrentarse con hombres de verdadero valor, seguramente no tan duchos en usar la pistola como él, pero que tenían las características de verdadera hombría de seres superiores, Pancho Villa agachó la cabeza.

Apenas en la primera etapa de la Revolución —junto con Pascual Orozco— se insubordina en Ciudad Juárez contra Madero, y hay momentos en que parece que el sombrío chihuahuense y el abigeo duranguense van a acabar con su jefe. Pero Madero, a pesar de su pequeña estatura y de no tener antecedentes de matón, se yergue frente a las dos fieras y las domina. Una —Orozco—, para rumiar su fracaso e incubar odio implacable contra el caudillo antirreeleccionista; la obra —Villa—,

para que con esos bruscos cambios característicos de su personalidad primitiva e irresponsable, lo estreche en sus brazos vertiendo las lágrimas que tan fácilmente derramaba, y le proteste eterno cariño, que conservará toda su vida.⁴

Después, en 1914 decide en Chihuahua, en uno de sus arranques sanguinarios, suprimir al gobernador Manuel Chao, alegando que es también general de sus fuerzas y se le ha insubordinado. Todo está listo para el fusilamiento, pero el Primer Jefe se entera casualmente del atentado que va a cometer el comandante de la División del Norte y se encara a él. Una vez más el valor frío y sin ostentación pero verdadero, y la conciencia del legítimo ejercicio de su autoridad que tanto distinguieron al de Cuatro Ciénegas, hacen que Villa tasque el freno y, ahogándose en impotente furia, dé órdenes para poner en libertad al general veracruzano, que estaba ya a dos dedos de la muerte.⁵

Meses después, Obregón, haciendo lujo de un valor sereno del que tantas pruebas dio en su corta pero brillante existencia, va de México a Chihuahua para encarar a la fiera en su propio cubil, en un intento para detener la inminente ruptura en las filas de la Revolución. Nuevamente la pasión de Villa se desborda, grita, profiere denuestos y ordena varias veces el fusilamiento del sonorenses. Pero Obregón permanece frío, tranquilo, razonador, y otra vez más el tremendo bandolero se encuentra frente a un domador.⁶

En esos tres ejemplos —y podría citar más—, son Madero, que lo confirmará en la Decena Trágica; Carranza, que hará gala de ello en la Sierra de Puebla en el trágico mes de mayo de 1920; y Obregón, que sabotea los esfuerzos de sus amigos para protegerlo en vísperas de su sacrificio, los que se perfilan verdaderos paradigmas de hombría y sereno valor. Pero la acalorada imaginación popular que se rinde ante Juan Charrasqueado, no puede pensar que esos tres grandes mexicanos que no lucen continuamente el pavoroso revólver 44 y la canana repleta de balas, sean símbolos del machismo que ven reflejado en las cachas relucientes de la pistola de Doroteo Arango.

Y cuando es su propia vida la que peligra, cuando Villa tiene que enfrentarse a los fusiles de un pelotón de ejecución tiembla, llora y se desespera tratando de salvar la vida a toda costa, en una reacción muy humana y comprensible. Aunque la misma no responda mucho a la imagen de Francisco el temerario que el pueblo ha forjado.⁷

3. *Francisco Villa es el guerrillero audaz y el general genial —Napoleón Bandido o Napoleón Mexicano de la fantasía norteamericana— que da el triunfo militar a la Revolución constitucionalista con las batallas memorables de Tierra Blanca, Torreón y Zacatecas.*

Es evidente que Villa fue un guerrillero hábil y audaz que supo mover a sus hombres en cabalgatas casi increíbles, realizar ingeniosas estratagemas, y cosechar una cadena de triunfos burlando frecuentemente a sus perseguidores, aunque éstos lo sobrepasaran en hombres y elementos. Pero hubo muchos como él en la Revolución: Pascual Orozco en el maderismo, Murguía o Buelna en el constitucionalismo, derrochaban audacia y valor en sus hazañas. Y el mismo bandido repugnante que fue José Inés Chávez García —al que sólo pudo vencer la influenza española, pues el ejército no logró nunca aniquilarlo— es un guerrillero audaz cuyas hazañas en más de una ocasión pueden soportar la comparación con las más audaces de Doroteo Arango.

En cuanto a su genio militar, a su genio de estratega en grandes batallas, son muchos los matices bajo los cuales puede analizarse. Es evidente que Tierra Blanca, Torreón y Zacatecas son nombres de acciones de armas de primera línea en la historia de la Revolución; y el general en jefe que logró tales victorias, tiene méritos de sobra para colocarse junto a los demás caudillos revolucionarios.

Pero no hay que olvidar, que en esas batallas se enfrentaba el entusiasmo popular y el arrojo del pueblo en armas, a un ejército caduco, formado en sus filas por forzados y en sus cuadros por oficiales petimetres, más deseosos de lucir sus pulidos cascos prusianos en los domingos de la alameda metropolitana, que de mancharse con el lodo, sudor y sangre de una campaña. Y yendo más arriba, los generales eran en su mayor parte viejos ineptos, burocratizados y en gran número rapaces, que vivían de los recuerdos de sus hazañas de juventud, pero no tenían el ardor de los que se les oponían en las filas rebeldes: civiles hasta poco tiempo antes, que luchaban con entusiasmo por una causa a la que ofrendaban la vida, y que habían ganado a pulso el águila que decoraba sus sombreros.

Si es cierto que Villa ganó batallas decisivas al Ejército Federal —indefectiblemente condenado de antemano a la derrota final por causas ajenas a las militares—, no menos cierto es que Obregón obtenía al mismo tiempo triunfos tan definitivos como los de Guaymas, Culiacán u Orendáin. Aunque frecuentemente éstos eran menos espectaculares, pues el caudillo sonorenses no

buscaba las formidables cargas de los “Dorados” legendarios, que si es cierto muchas veces barrían al enemigo, en cambio se iban por centenares o millares vidas de soldados del pueblo; Obregón consolidaba paso a paso sus avances, evitando en lo posible sacrificios inútiles a su gente.

Y hay que recordar que frente a ese caduco Ejército Federal, hasta el mismo Pablo González —el Pablo Carreras de la ironía popular, que distaba mucho de ser genio militar— obtenía también victorias de cierta resonancia como la toma de Monterrey.

Pero cuando la lucha no fue entre la Revolución cada día más pujante y llena de entusiasmo, y el viejo ejército de forzados e ineptos cada vez más desmoralizado, sino entre dos facciones revolucionarias con el mismo origen, los mismos métodos e igual entusiasmo, la estrella de Villa se opaca, y el tan loado triunfador de Zacatecas —a pesar de contar a su lado con el hipotético genio estratégico del exfederal Ángeles— se convierte en el vencido de Celaya, León y Aguascalientes, ante la serie ininterrumpida de victorias que obtiene Obregón.

No niego —repito una vez más— los méritos militares de Villa al frente de la División del Norte, ni la significación de los mismos en el triunfo definitivo contra Huerta. Pero si Villa era un genio, un Napoleón, un estratega incomparable ¿cuáles son los calificativos que deben aplicarse a quien lo venció una y otra vez en serie ininterrumpida de acciones? ¿No coloca esto a Obregón en el mismo o superior nivel que Villa en el aspecto militar? ¿Por qué pues seguir postulando la contribución “única” o “sobresaliente” de Doroteo Arango en los fastos guerreros de la Revolución?

4. Francisco Villa es el enemigo jurado de nuestros tradicionales enemigos los norteamericanos. El terror de los “gringos”, el hombre audaz que cruza la frontera del vecino poderoso y, en la acción de Columbus, venga con las vidas de los americanos que ahí sucumben, viejas cuentas no saldadas que se remontan a 1847.

Posiblemente esta supuesta faceta de Villa, su “antiamericanismo”, es la que llega más al corazón de nuestro pueblo, que admira al David moreno que supo enfrentarse al rubio Goliath, que tantos agravios nos había inferido.

Pero ninguna de las leyendas que rodean el nombre de Doroteo Arango es más falsa que esta.⁸

Desde que Woodrow Wilson llega a la presidencia —lleno de un ardor de cruzado por la democracia y la justicia— se convierte en campeón autodesignado de la regeneración mexicana y pretende ser director de nuestra política. Ayudará a derrocar a Huerta porque éste no se ajusta a sus normas de virtud; detendrá el derramamiento de sangre y evitará la guerra de hermanos contra hermanos; indicará cómo debe estructurarse el nuevo México, democrático y progresista, seleccionando a sus mandatarios.

Dentro de esos propósitos —que tan buena intención encerraban pero tan nefastos resultados dieron— comienza por retirar al dipsómano Henry Lane Wilson de la Embajada que tan villanamente utilizó para ayudar a derrocar a Madero. Manda luego enviados confidenciales cerca de los caudillos revolucionarios, como lo será Silliman junto a Carranza o a Carothers al lado de Villa —o Fuller visitando a ambos. Y para evitar que Huerta reciba el cargamento de armas que el “Ipiranga” pretende desembarcar en Veracruz, convertirá el 21 de abril de 1914, con el bombardeo de una ciudad indefensa, en fecha de ignominia.

Pero Wilson no comprende lo que hace. Tiene espíritu mesiánico. Trata de explicar a los obtusos revolucionarios mexicanos que todo es para bien de su causa, y que lo mejor que pueden hacer es ponerse en sus manos para que los mueva a su arbitrio; que, al fin y al cabo, será la única manera en que México pueda alcanzar las nobles y elevadas metas que ha creado la fantasía del profesor de Princeton.

Continuamente manda notas a los caudillos. Les explica que si ha ocupado Veracruz es para ayudarlos a derrotar a Huerta, por lo que no deben reaccionar violentamente contra tal acto. Y mientras Carranza protesta indignado en forma vigorosa,⁹ Villa se muestra agradecido y manifiesta al enviado confidencial que ningún “borracho” (Huerta) logrará hacerlo pelear con sus “amigos” americanos.¹⁰

Convencido Wilson de que es necesario hacer cesar la contienda mexicana, y que ello sólo se logrará con negociaciones en las que participen las facciones en pugna bajo tutelaje internacional, para constituir un gobierno honrado de transición que convoque a elecciones democráticas, invita a las partes interesadas a nombrar sus representantes. Nuevamente, mientras Carranza se niega enfáticamente a aceptar la invitación, y manifiesta que los problemas mexicanos sólo a los mexicanos conciernen;¹¹ Villa indica su conformidad para colaborar en la farsa wilsoniana.¹²

Durante todo ese tiempo, Villa lleva las más cordiales relaciones con las fuerzas norteamericanas que están del otro lado de la línea fronteriza en la zona que él domina. El general Scott —comandante de la región y más tarde jefe del estado mayor del Ejército norteamericano— manifiesta repetidas veces su complacencia por la forma en que Villa acepta sus indicaciones y se apresura siempre a atender cuanto pide.

Pero llega un momento en que hasta Wilson comprende que su querido esquema para “regenerar” a México no podrá resultar, frente a la inexplicable obstinación de sus vecinos del sur. Cede a la presión de sus colaboradores para que reconozca como gobierno *de facto* a una de las facciones en pugna. Y ante el poderío del Ejército Constitucionalista, los esfuerzos de Carranza para constituir un verdadero régimen de gobierno y la calidad de quienes lo rodean, no tiene más remedio que otorgarle el reconocimiento.

El general Scott está sorprendido y desolado. Trata de mover sus influencias para que tal cosa no suceda y que, en cambio, se reconozca a su amigo Pancho Villa, siempre tan dócil a sus consejos e indicaciones. Y lleno de asombro e indignación, critica la actitud de su gobierno, que favorece a quien los trató a “puntapiés”, abandonando al que nunca se cansó de manifestar y probar sus simpatías para los Estados Unidos (Villa).¹³ Y el coronel Tompkins, que tomó parte en la Expedición Punitiva, comparte la opinión de Scott.¹⁴

La mente ruda del duranguense —que en el fondo ha sido siempre la misma de sus días de salteador— tiene entonces una de sus oscuras reacciones, que inevitablemente terminaban con actos de feroz violencia. Los americanos, sus amigos queridos a quienes siempre estuvo dispuesto a servir mientras tuvo esperanzas de recibir su ayuda para triunfar sobre Carranza, al reconocer a éste y derrumbar sus sueños de dominio y poderío, se convierten súbitamente en los más odiados enemigos.

Lleno de rabia —y dando una vez más pruebas de habilidad y audacia— cruza sigilosamente la frontera, sorprende al pueblecillo de Columbus, Nuevo México, quema y mata hasta donde le es posible, y dejando atrás el testimonio humeante de su venganza regresa a territorio mexicano. Tal acto de vandalismo pone en peligro la integridad misma de la Patria y da origen a la vergonzosa mancha de la “Expedición punitiva”, que hace pasar horas amargas a Carranza. Y si logramos salvar algo de decoro en esa ocasión —en el ámbito de las relaciones internacionales— es a la recia personalidad e inquebrantable energía y dignidad del Primer Jefe a la que lo debemos. Y en el terreno

militar, la única acción que pueda recordarse como un intento de lavar la afrenta —el encuentro de El Carrizal— no se debe a Villa ni a sus secuaces, que sólo se escabullen y acosan a la retaguardia o a dispersos de las fuerzas norteamericanas, pero que en ninguna ocasión se enfrentan abiertamente a los punitivos. Los héroes de esa memorable jornada son dos pundonorosos jefes constitucionalistas —Félix U. Gómez y Genovevo Rivas Guillén— que obedecen órdenes expresas de don Venustiano.

¿Dónde queda pues ese cacareado “antiamericanismo” de Villa, que además de los injustificados asesinatos de americanos inermes en Santa Isabel, se reduce a un acceso irracional de furioso despecho, que le hace revivir en el negro episodio de Columbus hazañas de sus días de bandolero?

5. Francisco Villa es el hombre desinteresado que lucha por sus “hermanos de raza” y siente el ideal agrario; es el hombre honesto por cuyas manos pasan caudalosos ríos de oro sin que lleguen a mancharlas en beneficio propio. Y cuando para evitar que la Patria siga sufriendo contiendas intestinas acepta abandonar la lucha, es para refugiarse en el bucólico “Canutillo” dando nueva prueba de desinterés.

Pero el convenio que el gobierno de Adolfo de la Huerta firma con el rebelde Francisco Villa para lograr su rendición, no es prueba objetiva del desinterés del duranguense, ni de sus ideales agraristas. Después del artículo 1º, en que se expresa la sumisión del guerrillero, el 2º establece que se le entregará —con las correspondientes escrituras— la manífica hacienda de Canutillo, en Chihuahua,¹⁵ en la que el humilde peón del porfirismo, el “convencido agrarista”, vive en la cómoda casa de la finca, convertido en amo de nuevo cuño, con dinero abundante,¹⁶ mientras que sus queridos muchachitos, se convierten en peones acasillados, cuyo respeto al nuevo patrón asegura la pavorosa pistola que adorna constantemente su cintura y la escolta de desalmados guardaespaldas que en todo momento lo rodean. Porque con humildad y desinterés, ha exigido se incluya en el convenio una cláusula que lo autoriza a conservar una escolta —a su exclusivo servicio— de cincuenta hombres seleccionados por él, perfectamente armados y montados, pagados por la nación para que cuiden su preciosa vida.

Posiblemente lo único que salva a Villa es el cobarde episodio de su muerte, en esa trágica tarde de 1923 en que —junto con su inseparable Trillito y los hombres que ese día lo protegían— cae acribillado a mansalva. Y más aún lo salva la sospe-

cha de que tales ejecutores hayan actuado para cumplir órdenes ocultas de poderosos personajes. Pero aun suponiendo tal cosa, hay algo evidente que no ha podido negarse: los emboscados —actuaron o no por cuenta ajena— eran todos hombres con viejos agravios que vengar de ofensas recibidas de Villa, directamente o en cercanos familiares. Y así, ese mismo dramático momento en que la vida del Centauro del Norte se troncha para siempre, dará razón al viejo adagio: “El que siembra vientos recoge tempestades”.

Borremos pues —con bases históricas— esa falsa imagen de Villa que se empeña en concederle atributos que nunca tuvo. Y sin negar el papel importante que le correspondió en el terreno militar en la lucha contra Huerta, reconozcamos que el balance final de su vida da un saldo negativo, que explica que su nombre no reciba los desmesurados homenajes que sectores interesados quisieran tributarle.

NOTAS

¹ Aunque Ignacio Muñoz —el encendido defensor y panegirista del chacal Huerta— merece menos fe aún que los mencionados como historiador, y su *Verdad y mito de la Revolución Mexicana* no es sino una serie deshilvanada de absurdos relatos —en su mayor parte encaminados a halagar la egolatría del autor—, es interesante leer lo que refiere con respecto a los supuestos documentos que han servido para escribir sobre Villa, y sus comentarios acerca de las obras de quienes dicen transcribirlos.

² En las notas que siguen he procurado —siempre que es posible— referirme a los relatos de los panegiristas declarados de Villa. Pues aun que los mismos disten mucho de merecer confianza con respecto a la veracidad documental de sus relatos, son interesantes de considerar cuando muestran a su “héroe” bajo luces poco favorables, pues demuestran que ni siquiera sus acérrimos partidarios pueden encontrar manera de justificarlo en muchas ocasiones, y que en otras involuntariamente lo juzgan bajo la luz que verdaderamente le correspondía... y que no le es favorable. Por ejemplo, Federico Cervantes (*Francisco Villa y la Revolución, México*) en un libro donde trata de presentarlo como revolucionario de convicciones, agrarista sincero, amigo y defensor de los oprimidos, escribe (p. 15) en un arranque de sinceridad de que posiblemente no se percató: “De haber continuado el régimen del General Díaz, posiblemente Villa habría acabado como jefe de fuerzas rurales”... ¡que eran precisamente el eficaz y despiadado instrumento de represión que el Porfiriato ponía en manos de hacendados y jefes políticos para mantener la esclavitud campesina!

³ Véase la referencia llena de eufemismo que hace Martín Luis Guzmán (*Memorias de Pancho Villa*, México, 1960, pp. 37-38) a la carnicería que en sociedad con su compadre Eleuterio Soto estableció en la ciudad de Chihuahua, con el producto del abigeato practicado en gran escala.

⁴ El incidente ha sido narrado de diversas maneras, frecuentemente con el propósito de presentar a Villa como un ingenuo, víctima de los engaños de Orozco, a quien los razonamientos de Madero —más que su actitud viril y decidida— vuelven al buen camino. Pero Aguirre Benavides (*Madero el Inmaculado*, México, 1962, pp. 271-273) quien estaba bien informado por su parentesco y cercanía con el líder antirreeleccionista, y cuya simpatía por Villa es manifiesta, inserta —sin comentario adverso o corrección alguna— la versión publicada en *El Paso Morning Times* el 14 de mayo de 1911: "... entonces Villa le puso a Madero la pistola en el pecho y éste le gritó: 'Soy su jefe, atrevese a matarme, tire'; Villa no se atrevió". Y la versión del propio Aguirre Benavides es substancialmente igual.

⁵ El general Jacinto B. Treviño, por aquel entonces jefe del estado mayor del Primer Jefe, y testigo presencial de los hechos, relata el incidente (*Memorias*, México, 1961, pp. 57-58) diciendo que cuando aquél le indicaba al comandante de la División del Norte lo descabellado de la orden dada "... Villa adujo: 'Cuando yo ordeno alguna cosa, ésta se cumple, tuerto o derecho'. El señor Carranza, visiblemente contrariado, pero demostrando don de mando y gran energía de carácter agregó: 'La orden de usted, de fusilar a Chao, no puede cumplirse, y al efecto aquí está un ayudante mío que llevará la nueva orden de usted para que no se lleve a cabo tal fusilamiento', señalando con el dedo al expresar la última frase, al teniente coronel Jesús Valdez Leal, que conmigo presenciaba aquella escena; y aún conminó a su colocutor, imponiendo su autoridad al añadir: 'Usted no sale de aquí hasta que vuelva el teniente coronel Valdez Leal a darme cuenta de que mi orden se ha cumplido'. Villa aturdido, trémulo de ira y con ojos irritados, no articulaba palabra". Barragán, que narra el incidente en forma muy semejante, aunque dando al ayudante Valdez Leal el rango de capitán —que creo era el que le correspondía—, termina comentando: "Durante esta emocionante escena el señor Carranza estaba desarmado: su pistola se hallaba sobre la pequeña mesa de noche. En cambio el general Villa conservaba la suya en el cinto..." (Barragán, J., *Historia del Ejército y la Revolución Constitucionalista*, Tomo I, 1946, pp. 443-444). En el supuesto relato de Villa transcrito por Rafael F. Muñoz (*Pancho Villa. Rayo y azote*, México, 1955) se pasa por alto este incidente. En el otro supuesto relato del Centauro, Guzmán (*op. cit.*, pp. 380-382) le quita importancia haciéndole decir que en realidad no pretendió nunca fusilarlo, sino que la amenaza la hizo "... para demostrarle la cólera en que yo me revolvía y curarlo de sus pasos" y que de parte de Carranza no hubo sino un extemporáneo recado y una moderada ex-

plicación. Cervantes (*op. cit.*, pp. 115-116) coincide esencialmente con la versión de Treviño, pues habla de un "altercado tras el cual Carranza ordenó a Villa que pusiera en libertad a Chao, orden que Villa obedeció, mal de su agrado".

⁶ El general Obregón (*Ocho mil kilómetros en campaña*, México, 1917, pp. 307-328) narra detalladamente el suceso de que fue protagonista. El Villa que habla a través de la pluma de Muñoz (*op. cit.*, p. 81) trata el suceso muy ligeramente, y dice que lo dejó en libertad porque algunos de sus generales lo convencieron. Guzmán (*op. cit.*, pp. 618-619) prácticamente acepta el relato de Obregón. Y Cervantes (*op. cit.*, pp. 250-255) que siguió de cerca los acontecimientos —pues al verificarse éstos se encontraba en la antesala de Villa—, acepta el relato de Obregón en su parte medular, y lo inserta entre comillas.

⁷ El general Treviño, con autoridad de testigo presencial, refiere (*op. cit.*, p. 20) que las dos veces en que el sargento que lo sostenía del brazo, frente al paredón, lo soltó, Villa se dejó caer al suelo para evitar la descarga fatal, habiendo tenido el propio sargento que levantarlo en vilo, hasta que llegó la orden de suspensión dictada por Huerta, atendiendo gestiones de los hermanos Madero y Rubio Navarrete. Hablando en las páginas de Muñoz (*op. cit.*, pp. 42-43) Villa acepta que las piernas le parecían de "hilacho" pero sólo por sentirse tan sobajado, y junto al paredón tomó por su voluntad "...la postura de rodillas para mitigar así la caída del cuerpo". A través de su otro intérprete Guzmán (*op. cit.*, p. 146), relata que preguntó frente al paredón al coronel O'Horán por qué iban a fusilarlo: "y no pude continuar, porque las lágrimas me rodaban de los ojos..." y cuando se trata de colocarlo nuevamente en el sitio fatal "...yo me eché al suelo, haciendo como que imploraba, pero queriendo ganar tiempo para que algún hecho o alguna persona viniera en mi ayuda"; para después pedir humildemente a Huerta le explicara las causas de su castigo. Cervantes (*op. cit.*, p. 42) inserta un relato del testigo presencial Rubio Navarrete, en que éste acepta que Villa "...estaba muy decaído por la ejecución..." aunque trata de disculparlo en "su concepto" atribuyendo tal comportamiento a la impresión y no a falta de valor; opinión muy suya y completamente subjetiva.

⁸ Clendenen (*The United States and Pancho Villa*, Ithaca, 1961, p. 121) no deja lugar a duda de lo absurdo que es considerar a Villa como "antiamericano", antes que el reconocimiento de Carranza derrumbara definitivamente sus esperanzas de triunfar con el apoyo de Washington, que probablemente hubiera pagado al precio que se le hubiese pedido. Dice Clendenen: "La comparación de las actitudes frente a los Estados Unidos que los dos principales adversarios mostraban en aquel tiempo (1914) da poco motivo para sorprenderse de que Villa fuera considerado en Washington algo más favorablemente que Carranza. De parte de Villa había francas expresiones de amistad; de parte de Carranza despectivo silencio o abierto insulto para los deseos americanos".

⁹ Cuando el Secretario de Estado Bryan hace llegar a Carranza el 21 de abril —por conducto de Carothers— una nota explicando la ocupación de Veracruz simple y únicamente como una medida contra Huerta y no contra México, el Primer Jefe contesta de inmediato —el 22— en una nota donde pueden leerse frases tan enérgicas como las siguientes: "Y ante esta violación de la soberanía nacional que el Gobierno Constitucionalista no se esperaba de un gobierno que ha reiterado sus deseos de mantener la paz con el pueblo de México, cumpla con un deber de elevado patriotismo al dirigiros la presente nota para agotar todos los medios honorables, antes de que dos pueblos honrados rompan las relaciones pacíficas que todavía los unen". "...Los actos propios de Victoriano Huerta nunca serán suficientes para envolver al pueblo mexicano en una guerra desastrosa con los Estados Unidos... Mas la invasión de nuestro territorio, la permanencia de vuestras fuerzas en el puerto de Veracruz, o la violación de los derechos que informan nuestra existencia como Estado Soberano, libre e independiente, sí nos arrastrarían a una guerra desigual, pero digna, que hasta hoy queremos evitar". (Fabela, I, *Historia diplomática de la Revolución Mexicana*, México, tomo I, 1958, pp. 356-357).

¹⁰ Carothers, después de entrevistar a Villa en Ciudad Juárez para explicarle el desembarco en Veracruz, escribía satisfecho al Departamento de Estado que éste le manifestó: "...nos consideramos muy buenos amigos suyos para emprender una guerra... que en lo que a él concernía podíamos conservar Veracruz tan apretado que no pudiera pasar por ahí una gota de agua para Huerta... Dijo que ningún borracho, refiriéndose a Huerta, iba a llevarlo a una guerra con sus amigos; que había venido a Juárez para restablecer la confianza entre nosotros... Como muestra de su actitud, me dio un hermoso zarape, rogándome lo hiciera llegar al general Scott con sus saludos". (*Papers Relating to the Foreign Relations of the United States*, Washington, 1914, pp. 485-486).

¹¹ La nota ofreciendo la mediación internacional (firmada por el Secretario de Estado norteamericano, y los enviados diplomáticos de Brasil, Chile, Argentina, Bolivia, Uruguay y Guatemala) fue enviada el 11 de agosto de 1915. El 10 de septiembre, Jesús Acuña, Secretario de Relaciones, enviaba la respuesta de Carranza, manifestando que "...como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Encargado del Poder Ejecutivo de la República, no puedo consentir en que los asuntos interiores de la misma se traten por mediación, ni por iniciativa siquiera de ningún gobierno extranjero, puesto que todos tienen el deber ineludible de respetar las soberanías de las naciones... Y como al aceptar la invitación que sus excelencias se han servido dirigirme para una conferencia con los jefes de la facción rebelde, a fin de volver la paz a México, lesionaría de manera profunda la independencia de la República y sentaría el precedente de intromisión extranjera para resolver sus asuntos interiores, esta sola consideración bastaría a nuestro Gobierno para no permitir aquélla, en legítima

defensa de la soberanía del pueblo mexicano y las demás naciones latinoamericanas". (Fabela, *op. cit.*, Tomo II, pp. 160-161).

¹² En contraste con la levantada actitud de Carranza, Villa contestaba obedientemente el 16 de agosto: "...tomando en cuenta la actitud fraternal y amistosa de los Estados Unidos y la de nuestras hermanas de la América Latina, el ABC, y por razones de paz inmediata en México y orden constitucional debidamente establecido, nosotros estamos listos a aceptar cordialmente y aceptamos los buenos oficios de Sus Excelencias teniendo una reunión los delegados que conforman los partidos para reconocer México". (Alducin, R., *La Revolución Constitucionalista, los Estados Unidos y el ABC*, México, 1916, p. 80).

¹³ En su libro *Some Memories of a Soldier* (New York, 1928), el general Scott expresa: "El reconocimiento de Carranza tuvo como consecuencia afianzar en el poder a la persona que nos había pagado con puntapiés, en cuanto oportunidad tuvo a mano, y la de convertir en bandido al hombre que más nos había ayudado".

¹⁴ "El reconocimiento de Carranza y la derrota de Agua Prieta enojaron tanto a Villa contra todo aquello que se relacionara con los americanos que juró vengarse. Cuando recordamos las concesiones que Villa nos había hecho, debido a las demandas de los Estados Unidos, estamos obligados a confesar que tenía razón para enojarse. De todos los jefes de México, Villa había demostrado ser el más amigo de los Estados Unidos. Todavía en agosto de 1915, devolvió a sus dueños más de un millón de dólares en propiedades que había requisado a ciudadanos americanos, todo debido a instancias del general Scott. Cuando los Estados Unidos ocuparon Veracruz, manifestó que el hecho estaba bien, y no se exaltó por aquel incidente. Carranza fue siempre nuestro enemigo; antes del reconocimiento, durante el reconocimiento y después del reconocimiento. Nunca demostró gratitud y constantemente contrarió a los Estados Unidos y a su pueblo". (Tompkins, F., *Chasing Villa*, Harrisburgh, 1935, p. 48).

¹⁵ Varias veces se ha dicho que Villa no quería recibir Canutillo, pero lo único objetivo es que lo recibió con escrituras perfectamente legales extendidas a su nombre y que disfrutó de la finca hasta el día de su muerte. En las llamadas *Memorias de don Adolfo de la Huerta* (México, 1957, p. 160) se dice que se escogió Canutillo porque el ingeniero Torres—intermediario para la rendición—, manifestó que le gustaba a Villa y que había pertenecido al general Urbina, por lo que se suponía que al morir éste habría pasado a Bienes Nacionales y no costaría nada al Erario; la información resultó falsa, y la nación pagó nada menos que seiscientos mil pesos (de 1923!) a las señoritas Jurado que eran las propietarias. Muñoz (*op. cit.*, p. 166), que seguramente ha llegado a conocer la psicología de su personaje, dice que ante la confusa situación que se creaba a la caída de Carranza, recordó Villa el viejo dicho: "A río revuelto, ganancia de pescadores" y agrega: "Tiró su redcita al río, y cuando la sacó encontró que había pescado nada menos que una hacienda magnífica". El

mismo Muñoz (*op. cit.*, p. 177) da la curiosa versión, que no hemos visto en otro sitio, de que dos subordinados de Villa —el coronel Ríos y el capitán Álvarez— manifestaron en aquellos tiempos de su rendición, que el Centauro iba a recibir de nuevo algo que ya era suyo, pues durante la Revolución compró Canutillo por un millón y medio de pesos papel, y medio millón en plata, aunque después Carranza confiscó la finca.

¹⁶ Cervantes (*op. cit.*, p. 633) comenta lo que había progresado la hacienda con su nuevo amo Villa, quien —agrega con satisfacción— se había comprado un flamante automóvil, un hotel en Parral y "hasta tuvo el proyecto de poner un Banco". Actividades todas ellas muy propias del idealista luchador.